

APÉNDICE

Tres artículos de Josefina Carabias publicados en *La Voz*.

1.- El reportaje del día. La primera mujer española que es académica. Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros es designada para ocupar una vacante en la Academia de la Historia.

Los graves señores que componen esa doctísima corporación llamada Academia de la Historia acaban de elegir a una mujer para ocupar un sillón. Es un caso totalmente nuevo. Para honra suya, España cuenta con un importante plantel de mujeres que han pasado a la Historia como seres excepcionales. Las españolas se han destacado en las artes. No digamos en las letras... La mujer se cuenta entre nuestros clásicos. La Historia está llena de maravillosos tipos femeninos. En la política han jugado siempre un papel importantísimo, y eso que antes no votaban ni eran elegibles... Pero nos faltaba una académica. Los sabios habían reconocido el mérito de muchas mujeres, pero no se habían decidido a sentar entre ellos a ninguna hasta ahora. Ya sí. Muy pronto ocupará el sitio que le está reservado en la Academia de la Historia doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros, historiadora eminente, especialista en Edad Media, cuyos trabajos de investigación son conocidos y admirados por los eruditos del mundo entero.

¿No es verdad que mis lectores se han asustado un poco?... ¡Ahí es nada presentarles así, de repente, a una mujer historiadora, investigadora, medievalista, erudita!... Segura estoy de que se imaginan a una señora llena de años, apergaminada y corta de vista, metida entre libros y rodeada de polvorientos papelotes. ¡Qué equivocación! Es que el público, en general, no conoce a la señora de Ballesteros. Y no la conoce porque ella ha huido siempre de la publicidad, no obstante sus reconocidos méritos. Claro que los sabios, los historiadores y eruditos del mundo entero, saben que en España hay una mujer que más de una vez los ha asombrado con sus trabajos. Pero el público español, en general, excepto los hombres dedicados a graves estudios, la ignora todavía, porque ella personalmente se niega a darse a conocer. ¡Si supieran el trabajo que nos ha costado a los reporteros y fotógrafos llegar hasta ella!

-No quiero, no me gusta que hablen de mí personalmente. Ahí están mis trabajos, mis libros. Que los critiquen, que los juzguen, eso es lo que a la gente le puede importar; pero yo... ¿para qué hablar de mi persona, que no tiene ninguna importancia?

Esto es lo que dice sinceramente doña Mercedes Gaibrois, académica de la Historia; pero es que ella, enfrascada en sus graves investigaciones del Medievo, no sabe que al público, a este público frívolo y simpático del siglo XX, le importa todo. En primer lugar le interesa, como me ha interesado saber a mí, que esta académica de la Historia no es como se la había figurado, sino que, por el contrario, es una mujer joven, moderna, agraciada. Toda su persona está envuelta en algo que parece un « no sé qué », pero que no es otra cosa que el perfume de un talento sereno y reposado. Al verla tan distinguida, tan femenina, tan agradable, en medio de su casa, entre su marido y sus hijos, nadie diría que se trata de « toda una señora académica ». Sin embargo, se ve a simple vista también que no es ni puede ser una mujer vulgar, una de estas señoras cuya vida se reduce únicamente a hacer feliz o desgraciado a un hombre.

LA OBRA DE MERCEDES GAIBROIS

La eminente historiadora que tengo ante mí acaba de confesarme que tiene horror a la interviú... ¿Por qué, señora de Gaibrois? ¿No le parece que a los hombres del porvenir que, como usted, se dediquen a investigar los acontecimientos que ahora vivimos quizá les ayuden mucho estos reportajes « en caliente » que fabricamos nosotros casi todos los días? En estas columnas contamos cosas que ahora quizá parezca que no tienen otro valor que el de la actualidad, pero que quizá algún día sean luz de la Historia... ¡Qué pretensiones! ¿Verdad? Pero ¿quién sabe?

En fin, el caso es que nuestra académica no se deja entrevistar; no quiere que yo la haga hablar desde estas columnas; pero ella no me puede impedir que yo cuente lo que sé de su obra.

Mercedes Gaibrois estudió la carrera de Filosofía y Letras. Después se casó con D. Antonio Ballesteros, ilustre historiador, catedrático de la Universidad Central. No es sólo el amor lo que une a este matrimonio. A los lazos sentimentales se unen los lazos que podremos llamar « científicos », y que hacen más fuertes los primeros. La señora de Ballesteros, mujer hogareña y amante de los suyos como la que más, no deja pasar día sin dedicar buena parte de él a sus trabajos. Ha publicado multitud de artículos y ha dado muchas conferencias en España y en el extranjero.

-¿Cuál fue su primera obra?

-Un estudio sobre la defensa de Tarifa.

-¡Perdón, señora! ¡Sin querer, la he hecho hablar!... ¡Esta maldita costumbres!...

Tiene publicado un folleto notabilísimo sobre la reina doña Mencía. Otro en el que publica los testamentos del infante don Juan Manuel y muchos más.

Pero su gran obra, considerada y premiada como su obra maestra, es la *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*. Tres volúmenes cuajados de noticias, la mayor parte inéditas, sobre el marido de doña María de Molina. Esto le costó una larguísima peregrinación por los archivos, un concienzudo estudio sobre documentos de la época.

Para que los lectores juzguen la importancia de la obra de esta mujer bastará decir que solicitó su colaboración el famoso historiador alemán Finke, patriarca e la historiografía mundial, y entre los dos publicaron un libro llamado *Roma a la muerte de Bonifacio VIII*.

Esta es la mujer que ha sido elegida académica de la Historia. Esta es la mujer que no se deja entrevistar. ¿Por qué? Al público, doña Mercedes, le interesan sus obras, pero también le interesa saber algo de su persona. Por ejemplo, que además de todos sus méritos es usted una mujer llena de encantos femeninos, una mujer alegría de su casa, dulzura de su marido y madre amantísima de sus hijos.

(*La Voz*, 27 de diciembre de 1932, p. 3; fotografía de Alfonso que representa a Mercedes Gaibrois).

2.- El trabajo de los niños. Conchita, Luz y Jesusito..., periodistas...

Jesusito tiene cinco años. Luz tiene seis y Conchita ha cumplido ya siete. Los tres son hermanos y ejercen la honrada profesión de “periodistas” en la estación del Banco de España. Desde las seis de la tarde a las diez de la noche, sus vocécitas finas gritan ofreciendo los diarios madrileños. Jesusito se instala junto al letrero que dice: “Salida a marqués de Cubas”. Conchita, en frente, o sea al lado de la “Salida a Barquillo”, y Luz se queda en el centro, junto a las taquilleras. De este modo no hay viajero del “Metro” que se les escape.

Varios días he intentado charlar con el pequeño “compañero”; pero no hay modo de conseguirlo. No quiere entretenerse, porque es la hora de la venta, y Jesusito sabe que cada descuido es un parroquiano que se escapa. Él me sonríe siempre, porque Jesusito sabe que es preciso ser amable con el público, Pero lo que no le agrada es trabar conversación y perder tiempo; “les affaires sont les affaires”...

Siempre está contento Jesusito; pero ayer parecía estarlo más que nunca. Cuando vino hacia mí, gritando los periódicos, se echó a reír.

-¿Qué hay “peque”?... ¿Se vende mucho?...

-*Legulal...*

-¿Cómo?

-Que *legulal...*

Yo, al principio, no lo entendía, pero en seguida me di cuenta de que Jesusito habla con la “ele”; por eso dice *legulal* en vez de *regular*. Emplea la “ele” en sustitución de la “erre”; pero a poco de hablar con él se observa que la prefiere a casi todas las consonantes. Para Jesusito el alfabeto castellano se reduce a las cinco vocales y a la “ele”, nada más. Y no crean ustedes que se trata de un defecto lingual. De lo que se trata es de que nuestro pequeño compañero cuenta, como hemos dicho antes, cinco años de edad, y es lógico que la fonética se le resista.

-Con que regular, ¿eh?

-Mi *helmana tamién* vende papel: *vela, allila está*.

-Bueno hombre. ¿Y te gusta vender periódicos?...

Jesusito se ríe... Después, ya más familiarizado conmigo, se coge un pie con la mano que le queda libre y me lo muestra satisfecho...

-*Mila...*

Quiere decir que mire. Yo, naturalmente, atiendo la indicación y me fijo que Jesusito lleva unos magníficos zapatos y unos calcetines “sport” que quitan la cabeza.

-¡Qué bonitos! ¿Quién te los ha comprado?

-Son de *señolito*. Me los ha *complao* mi papá, que ya *tlabaja*

-Bien, hombre... ¿Y dónde trabaja tu papá?...

-No sé... Pero *tlabaja*...

Al notar que estamos de conversación, las hermanas de Jesusito han venido a unirse a nuestro grupo. Conchita, que es la mayor, me explica lo que no ha sabido explicarme su hermano...

-Es que mi papá estaba *parao* hace mucho tiempo y ahora va de peón a una obra. Por eso le han *compraio* unos zapatos a este, y a nosotras también nos los van a comprar.

La segunda permanece callada mientras nosotros hablamos.

-Y tú, ¿cómo te llamas?- le pregunto.

-Yo tengo un nombre *mu* raro; pero dicen las señoras que es *mu* bonito.

-Se llama Luz Divina –responde Conchita.

-¡Hola!...

-Pero me llaman Luz *na* más, porque dice mi madre que eso de Luz Divina resulta *mu* largo...

-¿Y estáis aquí solos vendiendo los periódicos?

-No. Estamos con mi madre. *Mirustelá*.

LA MADRE

La madre es una mujer delgada y triste. Está quieta junto al montón de periódicos, y de vez en vez vocea también como sus chiquitines. Desde lejos ha observado nuestra conversación, y cuando me acerco a ella sonríe agradecida.

-Vivimos muy lejos- nos dice, en la calle Nueva del Este, y todas las noches tengo yo que venir con las criaturitas a vender el papel. Me da mucha pena tenerlos que traer andando; pero no hay más remedio. En primer lugar me hace falta que me ayuden. Y además, ¿con quién los voy a dejar? Me da miedo de que se queden solos en casa.

-¿No tiene usted más que estos tres?...

-Nada más. Pero aun así me veo negra para darles de comer.

-¿Viven ustedes sólo esto?

-Hasta ahora, sí. Menos mal que mi marido se ha colocado. Fíjese, señorita, que el hombre ha estado *para* nada menos que diez meses. Hace ocho días que le dieron trabajo en las obras aquí del Banco de España.

-En ese tiempo lo habrán ustedes pasado muy mal.

-Nadie lo sabe más que yo. Por mucho que nos afanábamos las criaturas y yo no podíamos sacar lo preciso. Hay muchos vendedores. Sólo aquí en la calle de Alcalá somos un disparate. Y encima de esto, la pena que a uno le da el ver a un hombre joven, trabajador como pocos y *honrao* desesperarse por no encontrar donde ganar un *cacho* de pan *pa* sus hijos. Nadie sabe lo que se sufre con eso, señorita. Porque si se tratara de un holgazán; pero querer trabajar y no tener dónde... es horroroso.

La cara de la mujer, una cara curtida por todos los calores y todos los fríos, se ha entristecido. Por sus ojos pasa la sombra negra de los días de miseria. Súbitamente se alegra después, y dice sonriendo:

-Y menos mal que ha *encontrao* colocación. Lo primero que hemos hecho ha sido comprar unos zapatos a Jesusito. Descalcito estaba el pobre mío. Por eso le ha visto usted tan contento. No hace más que mirárselos. A las niñas también se los vamos a comprar.

-¿Y por la mañana también vendes ustedes periódicos?

-Yo, sí; pero ellos, no. Los llevo a la escuela, ¿sabe usted?... Quiero que aprendan algo, que se ilustren, para que no se vean de mayores como se están viendo de pequeños.

-¿Y a vosotros os gusta ir a la escuela?...

-Sí, sí -contestan los tres a coro.

-¿Qué os gusta más, ir a la escuela, o vender periódicos?...

-A mí, ir a la escuela .dice la mayor.

-A mí, venir aquí, pero cuando no hace frío -agrega la segunda

-A mí..., no sé -concluye Jesusito. Y ha hecho un gesto muy significativo que parece querer decir: "A mí... ni lo uno ni lo otro..."

-Entonces, ¿vosotros preferiríais quedaros en casa?

-Si se quedara mi madre también, sí -dice Conchita-. Pero eso de que venga ella y nosotros quedarnos solos nos da miedo. Además, que así la ayudamos.

-Pero aquí hace mucho frío...

-Y en casa también -dice Luz.

-Entonces, lo que más os gusta de todo, ¿qué es?...

- A mí estar en la cama...

-Y a mí, lo que a ésta...

-Y a mí, igual...

-¿Más que jugar?...

LOS PARROQUIANOS

En general, la parroquia de la estación del Banco es buena con los pequeños periodistas. Jesusito tiene un cliente que algunas noches, además de la gorda del periódico, le da otra más para él.

-A mí -dice Conchita-me quiere mucho una señora muy guapa, que viene todas las noches. Me hace así en la cara...

-Y a mí, también- dice Luz-. Es muy buena...

Los pobrecillos hablan entusiasmados de las personas que tienen un gesto, una atención, una caricia, para ellos. Claro que, según explica Jesusito con su media lengua, también hay algunos... que ya, ya... Pasan de largo, corren, se dejan las puertas del Metro abiertas, y cuando él se acerca y les alarga el periódico lo apartan y medio lo atropellan...

-Son más *blutos*...

Cuando los pequeños se dan cuenta de que les vamos a hacer una fotografía, se ponen contentísimos. Jesusito se atusa los pelos precipitadamente, y luego recomienda:

-Los *lapatos*. Que se vean los *lapatos*...

Después de posar para *La Voz* vuelven a su tarea más contentos que nunca.

Y ahora, lector, si pasa usted por la estación del Banco de España, fíjese en estos tres chiquitines que le alargan el periódico. Sonríales, hágales siquiera una caricia y no deje de reparar en los zapatos nuevos de Jesusito. Esto a usted no le cuesta nada, y el pobre se pondrá más contento...

(*La Voz*, 14 de marzo de 1933, p. 3; fotografías de Alfonso que representan a la redactora y a los niños).

3.-Las misiones pedagógicas. Dos años y medio recorriendo España.

-¡Madre!... ¡Madre!... Asómese usted a la ventana. Han *veníó* unos forasteros *mu* raros. En la plaza están, madre. Han *dejao* el carricoche en la puerta de en *ca* la tía Felipa. *Tos* los muchachos del pueblo andan detrás de ellos, y dicen que van a *echar* comedias esta noche en el salón...

-Serán titiriteros... Tú no te arrimes a ellos, porque otros titiriteros que vinieron al pueblo hace tiempo *trujieron* la peste...

-No, madre; no son como aquellos. Estos *paecen* talmente señoritos... No piden perras...

-No piden..., no piden ... ¡Pero dar... tampoco darán...!

-El muchacho no hace caso de los prudentes consejos de la madre, y corre otra vez con sus pies descalzos sobre la calle estrecha y enlodada que conduce a la plaza.

¿Quién serán aquellas gentes?... ¿A qué habrán venido?... ¿Qué buscan en este pueblecito tan pobre, en este pueblecito que no tiene ni tren, ni *auto*, ni carreteras, ni telégrafo ni botica?...

Una mujeruca que sale de la iglesia muy arrebujaada en su mantellina parda se santigua al pasar ante el carricoche de los forasteros...

¡Que no son los demonios, *agüela!*- le dice un muchacho...

-No son los demonios... Pero son los republicanos. Al alcalde se lo he oído decir ahora mismo...

Por todo el pueblo ha corrido enseguida la noticia. La llevan los chiquillos que corren descalzos por las calles estrechas y enlodadas. La llevan las mozas greñudas y curtidas que van con el cántaro a la fuente. La llevan las viejas que salen de la iglesia encorvadas y cubiertas con su mantellina parda.

“Son los republicanos que vienen a *echar* función...”

En efecto, estos muchachos que han llegado heroicamente hasta este pueblo abriéndose paso con mucho trabajo a través de un camino de cabras son los enviados de la República. De la República, que no se olvida hasta de sus más modestos, de sus más oscuros ciudadanos. Son las Misiones Pedagógicas que van a llevar a los pueblos más apartados y más pobres la luz de la civilización.

Pero los misioneros no encuentran local. La escuela es una habitación pequeña y sórdida. El Ayuntamiento es un portal inmundo.... Por fin se ha encontrado un local en donde os misioneros van a poder *dar su función*. Es el salón de baile del pueblo. No tiene luz, ni ventilación ni condiciones de ninguna clase; pero es grande.

A este salón han venido todos los vecinos del pueblo en vista de que los republicano, como ellos dicen, no cobran nada por su función. Algunas mujerucas se han traído una perra gorda en el fondo de la faltriquera.

-Es por si luego *echan un guante*...- explican.

-Que sí que lo echarán, porque no lo van a hacer todo de balde, los hombres...

Y ante el silencio de la concurrencia, que mira asombrada el extraño bagaje de los republicanos, un misionero se sube al improvisado escenario y les dice así:

“Es natural que queráis saber antes de empezar quiénes somos y a qué venimos. No tengáis miedo. No venimos a pedirnos nada. Al contrario, venimos a daros de balde algunas cosas. Somos una escuela ambulante que quiere ir de pueblo en pueblo. Pero una escuela donde no hay libros de matrícula, donde no hay que aprender con lágrimas, donde no se pondrá a nadie de rodillas... Porque el Gobierno de la República que nos envía nos ha dicho que vengamos ante todo a las aldeas, a las más pobres, a las más escondidas, a las más abandonadas, y que vengamos a enseñaros algo de lo que no sabéis por estar siempre tan solos y tan lejos de donde otros lo aprenden y porque nadie hasta ahora ha venido a enseñároslo; pero que vengamos nosotros también, y sobre todo, a divertirnos. Y nosotros quisiéramos alegraros y divertirnos casi tanto como os alegran y os divierten los cómicos y los titiriteros...”

Con palabras que quisiéramos que fuesen penetrantes y con imágenes y estampas atractivas hemos de ir enseñando por los pueblos cómo es la tierra, cómo son aquellas partes de la tierra que vosotros no habéis visto, cómo es el mar, cómo son los ríos y las grandes ciudades.

También os traemos las cosas que los hombres han hecho para divertirse y divertir a los demás. Las cosas bonitas, las cosas bellas, las que sirven tan sólo para darnos gusto, para darnos placer, para alegrarnos...”

Y al terminar de hablar el misionero surge ante los ojos atónitos de los campesinos congregados en el salón de baile la revelación del *cine*... Los viejos lloran al ver el mar en la pantalla. Y los chiquillos aplauden entusiasmados...

Después los misioneros ponen el gramófono. Hay muchísimos pueblos de los que han recorrido las Misiones Pedagógicas en los que no se tenía noticia de la existencia de estos aparatos. Las viejas y las mozas se acercaban al tablado para verlo de cerca, convencidas de que dentro de la caja había un hombre o una bruja.

En dos años y medio han recorrido las Misiones Pedagógicas toda España de Norte a Sur y de Este a Oeste. Han llegado hasta los pueblos más apartados y más pobres. Han ido a enseñar... Pero también ellos han aprendido mucho, que a su vez enseñarán después a la España que vive en las ciudades y que no tiene ni la menor noticia de los que pasa en los pueblos chicos y miserables...

De sus viajes han traído muchas enseñanzas y muchas fotografías, que nos muestran el asombro y las reacciones de los campesinos ante el regalo de civilización que les llevan estos incansables y beneméritos misioneros en nombre de la República

(La Voz, 25 de abril de 1934, p. 3; ilustrado con fotografías de una función de teatro en Puerto Lápice – Ciudad Real- y una lectora en Carrascosa e la Sierra –Cuenca-)